

Ahora bien, ya nuestros lectores habrán comprendido quienes eran esos dos hombres que llevaban lo que en la tierra quedaba de la heroína aragonesa.

El soldado era Jaime Laynez.

El religioso Fray Estevan.

El cadáver Teresa.

Mas de dos años despues de esta escena, cuando terminaba á los ojos de la asombrada Europa el espléndido poema de la independecia española, que ha ya encontrado un Tácito, pero al cual falta todavía un Homero, los religiosos gerónimos de Yuste recibian entre ellos á un compañero que iba á buscar en la soledad de su claustro la paz que faltaba á su disecado corazon.

Era Jaime Laynez. Su esposa habia muerto, su patria no le necesitaba.... solo le quedaba Dios.



LA CARTUJA DE MIRAFLORES.

(CASTILLA.)

I.

BRUNO EL ANAOORETA.



UIENES son esos siete hombres que al anochecer de un dia de Diciembre de 1086, y amenazando el cielo tempestad no vacilan en internarse por los desconocidos y vírjenes senderos que conducen al corazon de la montaña?....

Costean caminos á cuyos lados se abre la boca oscura de precipicios sin fondo; por todas partes, á derecha é izquierda, se elevan grupos gigantescos de peñas, titanes del desierto, eternamente vestidos de nieve y de nubes que se forman en sus cimas: no diríase sino que son ejércitos de fantasmas allí petrificados al pasar por el soplo de Dios y que allí aguardan el fin de los siglos envueltos en sus blancos alquiceles de rozagan-

tes faldas y cubiertos con sus caftanes de anchos pliegues y oscuros colores. De cuando en cuando, algun haya centenaria, algun roble envejecido asoman por entre la blanca alfombra sus brazos sin hojas como corazones sin amores, y se ven pasar á cada momento por bajo un cielo de plomo bandadas de extraños pájaros que despiden agudos y siniestros chillidos. Alguna que otra vez, lejanos rumores, á los que sigue un eco prolongado como en mar tranquilo la estela al buque, se dejan oír retumbando fúnebres en las cavidades y en los abismos: son el grito de dolor que lanza la robusta encina cuando, arrancada por el viento, se arrastra y despeña por entre las rocas, ó el rugido salvaje del alud que rueda y se precipita por las faldas de los montes.

Donde caminan pues aquellos hombres? quienes son? que buscan en aquellas soledades, nunca tal vez holladas por humana planta? á donde van? de donde vienen? qué esperan? quién les guía?....

Siete son como la poética pléyada. Al mediodía han salido de Grenoble después de haber pasado mas de tres horas en misteriosa conversación con el obispo San Hugo, partiendo como habian entrado, sin ser conocidos de nadie, evadiendo todas las preguntas, lacónicos en sus respuestas.

Pobres hombres! parecen en extremo fatigados y van miserablemente vestidos. De su hombro derecho cuelga la alforja; el izquierdo se dobla bajo el peso de una paleta, un hacha y un azadon; un baston herrado sostiene sus vacilantes pasos; larga túnica de morena lana que les llega hasta los piés, atada á su cintura por una grosera cuerda, es su único vestido: dos de ellos muestran una frente calva sobre la cual juegan algunos mechones de blancos cabellos como si el viento les hubiera arrojado unos copos de nieve; los otros son jóvenes aun, no pueden haber pasado la edad viril y debe haber todavía fuego en el corazón que late bajo el burdo sayal, rayos en los ojos que ocultan tras los caidos párpados.

Uno de los siete va delante: parece su guía y gefe y es sin embargo quizá el mas joven de todos. Los otros le siguen uno á uno, en silencio, melancólicos, cabizbajos.

Han dejado ya atrás Voreppe y san Lorenzo del Puente y los pocos vecinos de Fourvoire, pueblo que parece el campamento de una caravana árabe en el desierto, les han visto atravesar como una procesion de fantasmas por su única calle.

No tarda en abrir ante sus pasos su temible desfiladero el torrente de Guiersmont, espantosa, quebrada, que cruza por entre engañosos y movedizos pantanos. Siguenle nuestros siete desconocidos tanteando con la acerada punta de su baston el terreno que pisan, y solo abandonan este formidable desfiladero para encontrarse al borde de un abismo espantoso que tienen que atra-

vesar por un puente formado del tronco de un árbol; trepan en seguida por un sendero recto y resbaladizo como la piel de una serpiente que pasa por entre horribles precipicios, y escalan la roca del gran Sona, inmensa aguja de piedra, cuya firme planta se sumerge en el agua del torrente y cuya cabeza ostenta un penacho de pinos, en seguida subiendo, subiendo siempre, llegan por fin á una especie de meseta donde se detienen.

— Aquí es, hermanos! — dice el gefe.

Y arroja el primero su carga. Todos le imitan. Inmediatamente pasean la vista por la salvaje y áspera naturaleza que les rodea. Diríase que la acarician con la mirada, tanto es lo que les inunda de júbilo aquella horrible soledad y aquel espantoso desierto.

— Y ahora, hermanos míos, — exclamó el gefe luego de terminada esta inspección, — oremos y bendigamos á Dios!

Todos caen de rodillas, elevan las manos al cielo y rezan confundiendo sus almas y acentos en un himno solo de gracias, como si el ángel de la oración hubiese descendido sobre ellos y les mantuviese envueltos á todos con el manto invisible de sus áureas alas.

Concluido el rezo, se sientan sobre la nieve, sacan cada uno un pedazo de pan negro de su alforja, llevan la calabaza á sus labios para dar un poco de calor á su sangre helada por el frío, y en seguida, haciéndose uno á otro un silencioso, pero elocuente saludo, se separan.

Cada uno va á buscar un abrigo para aquella noche en las hendiduras de las rocas que les rodean con sus erizadas puntas, porque el viento empieza á mugir y torbellinos de nieve como grupos de palomas salvajes cruzan por los aires.

Estos hombres que iban á sepultarse vivos en la tumba de aquel desierto, guiados por un deseo insaciable de soledad; se llamaban, el que parecia su gefe Bruno, y los otros seis Laudvin, Estevan de Bourg y Estevan de Die, entrambos canónigos de san Rufo en el Delfinado, un sacerdote de avanzada edad llamado Hugo, y luego dos seglares André y Guerin.

Segun ciertas crónicas, un extraño acontecimiento habia decidido á aquellos hombres, particularmente á Bruno, á amortajarse para siempre en el silencio y el retiro.

Lo contaremos.

Pero antes, permítasenos una breve y lijera reflexión.

Lo que va á leerse es una especie de piadosa leyenda como tantas se encuentran en las viejas crónicas, como tantas nos cantan los montañeses envueltas en la ruda poesía de las baladas á cuyo monótono son guían sus

pasos á la aldea al regresar de sus diurnas tareas en una apacible tarde de verano.

Ahora bien, las cosas santas, un gran crítico moderno lo ha dicho (1), deben leerse con el mismo espíritu con que fueron escritas.

Si os falta la fé, si ha de asomar á vuestros labios la desconsoladora sonrisa que envenena y mata, si habeis de censurar lo que sigue con el frio análisis de un corazón sin creencias, que es la mayor maldición que puede Dios enviarle al hombre, entonces, pasad esta página y dejad de leerla: sí, dejad de leer esa piadosa leyenda de antiguas épocas, esa tradición de nuestros antepasados, ó respetadla por ello. Vuestra sonrisa aquí sería de mal gusto y de mal tono.

En cuanto á nosotros debemos decir que la damos cabida en estas páginas con la mas franca y leal intención con que hemos recojido la historia de Leonor de Pimentel y el episodio de Jaime Laynez.

Es, por lo demás, la vieja tradición que os contarán los Cartujos al hablaros de lo que decidió á San Bruno á echar los cimientos de su orden y á entregarse á esa vida penitente y austera que ha sido practicada por sus discípulos hasta el día con tanto celo y fervor que jamás han querido recibir ni mitigación ni dispensa.

Hallándose Bruno en París en 1082 tuvo el disgusto de ver morir en sus brazos á su amigo el doctor Raymundo Dioces, piadoso varón que habia llevado una vida ejemplar en sus postreros años. Quiso tributarle los últimos obsequios, la postrera muestra de voluntad que podia darle en la tierra y acompañó su cadáver á la iglesia.

Colocáronle allí sobre el féretro encargado de recibir sus mortales despojos y empezaron las preces de difuntos.

Cuando llegaron los sacerdotes á las lecciones de Job y al pasaje *Responde mihi quantum habeo iniquitates et peccata?* el ataúd en que estaba el cadáver se movió, incorporose el difunto, agitáronse sus labios y de entre ellos salió una voz sepulcral que decia:

— «Por justo juicio de Dios soy acusado!»

Helados de terror quedaron todos los concurrentes, y el coro volvió á repetir: *Responde mihi*.

Segunda vez se incorporó el cadáver.

(1) Julio Janin.

— «¡Por justo juicio de Dios soy juzgado!» — exclamó y como la vez primera volvió á tenderse en su mortuorio lecho.

Tercera vez entonó el coro el *Responde mihi*, tercera vez vióse levantar el cadáver para exclamar:

— «¡Por justo juicio de Dios soy condenado!»

Y de nuevo se tendió, pero fué ya para no levantarse mas.

Tal es, segun los Cartujos, la escena que impresionó á su fundador hasta el punto de impelerle á la vida penitente que llevó hasta su muerte.

Esta tradición, que habia sido insertada en el breviario romano y que fué de él quitada en la reforma que hizo de este breviario el papa Urbano VIII, dió lugar á varios sabios de los dos últimos siglos que nos han precedido, á escribir gruesos *in folio* para sostener los unos su autenticidad, para combatirla los otros.

Sea lo que fuere, lo cierto es que desde la muerte de Raymundo Dioces empezó Bruno á manifestar sus abiertos deseos de entregarse por entero á la vida solitaria y contemplativa.

Habia nacido Bruno en Colonia á mediados del undécimo siglo, de una familia opulenta é ilustre por su nobleza. Educóse en la abadía de Bec en Normandía, siendo luego enviado á París para perfeccionarse en su universidad donde fué uno de los discípulos mas aventajados y donde, al parecer, enseñó tambien filosofía, ciencia que no falta un escritor que pretenda haberla estudiado con el famoso Berenger, canónigo de San Martin de Tours.

Aplicóse tambien Bruno á la teología é hizo un estudio particular y detallado de los santos padres y de los santos cánones.

Uno de sus biógrafos afirma que en 1077 se presentó valerosamente como acusador de Manassés, usurpador simoníaco de la silla de Reims y opresor de todos sus diocesanos, habiendo obtenido su condena por contumacia en la diócesis de Autun donde habia sido citado.

El clero estaba por aquella época notablemente relajado y acaso no dejaron de influir en la decision de San Bruno los desórdenes lamentables que tenian lugar y entre los cuales vivia él, espíritu ilustre, imaginación superior á su siglo, hombre de rígidas costumbres y de severas prácticas.

En camino estaba Bruno para todas las dignidades á que su talento le daba derecho á aspirar, cuando sobrevino la muerte de Raymundo su amigo. Decidió entonces á seis de sus discípulos á que le acompañaran al yermo para allí echar las raíces de una orden monástica, y una mañana sa-

lieron de París dirigiéndose á Grenoble donde vivia San Hugo el piadoso obispo, de cuya virtud y beneficencia nos hablan largamente las crónicas.

Presentáronse á él los siete peregrinos y arrojáronse á sus piés. San Hugo les levantó cariñosamente.

— Venimos de lejos, monseñor, —le dijo Bruno.

— Y qué os trae á mí?

— El objeto de pedirnos en vuestra diócesis un lugar bien solitario y desierto donde poder servir á Dios sin carga á los hombres y alejados del comercio del mundo.

San Hugo se levantó resplandeciendo su rostro de una estraña emocion de júbilo.

— Hijo mio, —le dijo, — á ver, vuélveme á repetir lo que me has dicho.

Bruno se lo repitió.

— Oh! dijo entonces el obispo, es que tú no sabes!... Esta noche he tenido un sueño, delicioso por cierto. Voy á contároslo. Me he visto de pronto y sin saber como transportado á una llanura que no he tardado en conocer porque es la que se estiende á las plantas de Grenoble. La noche era oscura y negra. Yo me hallaba allí sin saber que hacerme, cuando he visto siete estrellas desprenderse del cielo y bajar á la tierra lentamente, hasta colocarse á pocos pasos de mí. En seguida se han movido una tras otra en direccion á la montaña. He marchado tras ellas. Atravesando por entre rocas cubiertas de nieve, pisando el hielo de los torrentes, cruzando bosques salvajes, he llegado, siempre siguiendo á las estrellas, hasta el lugar de mi diócesis llamado *Chartreuse*, inculto é inhabitado. Allí las estrellas se han detenido y, á su tibia y pálida luz, he visto que se levantaba de tierra, como una flor que brota, un magnífico templo. En seguida todo ha desaparecido.

— Pues este sueño, monseñor, no lo dudeis, es una vision que Dios os ha enviado para anunciaros nuestra llegada.

— Teneis razon. Id, pues, hijos míos. Vuestro es el desierto de la *Chartreuse*. Fundad allí, en nombre de Dios, una casa para el Señor.

Los siete peregrinos partieron.

Hace poco les hemos encontrado en el camino y les hemos visto llegar á la *Chartreuse*.

Al día siguiente de su llegada, Bruno y sus compañeros comenzaron su

obra; construyeron un oratorio y á su alrededor unas pobres y modestas chozas á regular distancia una de otra, como los antiguos lauros de Palestina (1), alojándose en ellas al principio de dos en dos, á imitacion de los primeros solitarios de Egipto.

Así comenzó esa orden célebre de los Cartujos, que tomó su nombre del desierto en que se fundó aquella pobre Tebaida (2); así comenzó esa orden famosa de soledad continua, de silencio perpétuo, de prolongado ascetismo, de pintoresco ropaje, el mismo que usó San Bruno y el cual tantas generaciones han vestido sin cambiar un solo pliegue.

Dificil es espresar, segun de las crónicas se deduce, la vida admirable que en su soledad llevaron aquellos dignos solitarios. Comprometiéronse á un silencio eterno; no tenian mas conversacion que con Dios; empleaban una gran parte del tiempo en cantar sus alabanzas; parecia como que no tenian cuerpo mas que para atormentarle en austeras prácticas; el trabajo de las manos sucedia al rezo, y en lo que mas se ocupaban era en copiar libros de piedad para ganar de que subsistir sin ser carga á nadie.

San Bruno, como el que les habia inspirado el deseo de la soledad, era mirado como el superior. Y es tambien que no solo tenia mas estudios y talento que los otros, sino que les sobrepujaba aun por sus virtudes; tanto, que San Hugo, que le habia recibido como á su hijo, le tomó en seguida por su director y su padre espiritual, yendo á menudo de Grenoble á la Cartuja, sin cuidarse de lo incómodo de los caminos, solo por gozar de la conversacion de Bruno y aprovecharse de su ejemplo.

Feliz y contento Bruno entre todas las privaciones de su vida de anacoreta y entre los miembros de aquella comunidad naciente, solo demandaba á Dios morir en aquel yermo, cuando Odon, elevado al trono pontificio bajo el nombre de Urbano II, le mandó ir á Roma. Urbano habia sido su discípulo, y el recuerdo que guardaba de su raro mérito y privilegiado talento, junto á lo que habia llegado á sus oídos de las maravillas de virtud que se practicaban en la soledad de la Cartuja, le indujo á quererle dar pruebas de gratitud y á servirle todavía de sus luces.

Seis años hacia todo lo mas que se habia san Bruno encerrado en aquel desierto con sus compañeros, cuando recibió el breve que de él le obligaba á salir. Vivamente afligidos se sintieron sus discípulos ante tal orden. En vano

(1) Dábase el nombre de *lauros* á los antiguos monasterios de Oriente, cuyos ermitorios separados y esparcidos acá y acullá formaban una especie de pueblo.

(2) *Chartreuse*, Cartuja.